


PAGINAS

ULTIMAS PUBLICACIONES

EL SALVADOR

UN PUEBLO PERSEGUIDO
TESTIMONIOS DE CRISTIANOS

II
DE OCTUBRE 79 A JUNIO 80




cep

cep

LA PRACTICA DE JESUS

LA PRACTICA DE JESUS

HUGO ECHEGARAY



informativo N° 9
quincenal

Centro de Estudios y Publicaciones
Lima-Perú

4-10-80
S/. 25

EL ARZOBISPADO DE LIMA
ante los problemas socio-laborales



sumario

1. ARZOBISPADO DE LIMA ante los problemas socio-laborales

2. DOCUMENTOS Comunicado de la Prefectura de Sucre
Zambumba. No nos podemos callar.
Población de Mochumbilla. No podemos permanecer inactivos. Hay que salir.

3. MERECE SUERTE

4. TAMBE Y LAHVA
Richard. Caja abierta.
Roberto. Trabajadores de la zona.
Fernando. El Pisco que
Basil. Carta a la Iglesia y a
los cristianos de América
y Perú.

realizando gestiones a dirección
necesita. Ministerio de Trabajo
Comisión Parlamentaria de Liberación
Humanos, empresas y sindicatos
e instando a un diálogo
abierto y alzado que permita la
solución de los problemas socio-
laborales.

3. Desde su visita de fe la
papa proclama que una auténtica
praxis laboral sólo puede ser edifi-
cada en la justicia, evitando que
el costo social del proceso de la
superación económica del país
recaiga preponderantemente so-
bre los más pobres y necesitados.

Lima, 25 de Setiembre de 1980



TARIFA DE SUSCRIPCION

LIMA Y PROVINCIA:
1 año (24 números) S/. 1,000
6 meses (12 números) S/. 500

EXTRANJERO:
América Latina (1 año 24 números) \$8
Otros Países (1 año 24 números) \$10

Cheques o giros exclusivamente a
nombre de: **CENTRO DE ESTUDIOS Y
PUBLICACIONES**
Apartado 6118 -- LIMA-PERU

TARIFAS DE SUSCRIPCION
POR 8 NUMEROS AL AÑO

PAGINAS

PERU.....S/ 1.600,-
AMERICA LATINA.....\$ 15,-USA
OTROS PAISES.....\$ 20,-USA

CHEQUES O GIROS ÚNICAMENTE A
NOMBRE DE : **CENTRO DE ESTUDIOS
Y PUBLICACIONES.**
APARTADO 6118. - LIMA-PERU.

PAGINAS

DIC.80 N°33 VOL.V S/250

ESPIRITUALIDAD:
MISTICA DEL PUEBLO
Y EXPERIENCIA CREYENTE

P
★
2
FOPPI

INFORME

EL SALVADOR EN GUERRA



DESCUBRIR LA ESPIRITUALIDAD DEL PUEBLO

por:

Jorge Alvarez Calderón

**No se puede sepultar la luz
No se puede sepultar la vida
No se puede sepultar a un pueblo
Que busca la libertad. (1)**

El hecho está ahí. Las masas en América Latina se están haciendo presentes en la escena de una manera cada vez más fuerte e interpelante. Y esto a pesar de las políticas de hambre, de las campañas ideológicas de confusión y evasión, en suma, de todas las medidas que apuntan a desmoralizar a un pueblo y a hacerle perder su identidad. Es cierto que todavía amplias masas viven dolorosamente esta postración. Pero también es cierto que desde unas décadas a esta parte algo nuevo está surgiendo en nuestro subcontinente: se nota un proceso irreversible de rebelión contra esta situación de encadenamiento; hay como una "buena nueva" que recorre el conjunto de nuestros pueblos, motivo de alegría, de coraje, de combatividad y de canto. Es una buena nueva que, como en el Evangelio, alegra a los humildes dándoles nuevos motivos de vivir y atemoriza a los Herodes de turno acorralado por la debilidad radical de su aparente fuerza (Mat. 2, 3-17).

La intención de este artículo es la de contribuir a preguntarnos lo que está a la base del proceso que presenciamos. Desea fijarse en aquella "espiritualidad" del pueblo en el sentido de conjunto de motivaciones, valores y experiencias que lo llevan a despertar y a entregar su vida.

No nos referiremos por lo tanto en primer lugar a lo que más específicamente llamamos espiritualidad de las comunidades cristianas o espiritualidad cristiana. Nuestro deseo es situarnos a un nivel más básico, más genérico, ahí donde el hombre encuentra motivos para caminar y amar, ahí donde los creyentes encuentran la base humana de su experiencia de Dios.

En efecto, como nos lo recuerda S. Galilea, la Iglesia nos hace orar pidiendo que el Espíritu "recree todas las cosas" y "renueve la faz de la tierra" (2). Afirma por lo tanto desde la fe una acción transformadora del Espíritu en el mundo que tiene la fuerza eficaz de hacer surgir lo nuevo. Precisamente es eso lo que estamos presenciando en nuestra América Latina como auténticas y hondas experiencias espirituales masivas y personales. Conviene por lo tanto acercarnos a ese terreno para comprenderlo mejor y contribuir a dinamizar ese rico proceso.

I. El deseo de vida

Instinto elemental, básico: nuestro pueblo desea vivir. Y lo hace conquistando paso a paso condiciones de vida donde parece imposible crearlas. Alguien ha dicho que los pobres muestran

una suerte de empecinamiento en el vivir cotidiano (3). Analicemos por ejemplo los imparables movimientos de migración interna. Gente sin tierra, sin casa, sin trabajo se mueve como inmensa marea en busca de no sé qué tierra prometida que el sistema imperante nunca podrá darle. Ese movimiento masivo tiene un sentido político y espiritual muy grande aún antes de llegar a niveles de conciencia y organización. Son los pobres que surgen por todas partes, ocupan las periferias de las ciudades, se hacen presentes en sus calles como vendedores ambulantes, repletan los hospitales y las escuelas. Son una fuerza incontenible, creciente, amenazadora para el orden establecido. Cuestionan al conjunto de la sociedad. Si pensamos que las más de las veces esto se hace en condiciones infrahumanas de hambre y abandono, de inseguridad y desprecio social, comprenderemos la riqueza contenida en este movimiento sordo y porfiado. Hay una suerte de "determinación primordial, síntoma de una profundidad espiritual, de una juventud histórica" (4). La motivación básica por la vida lleva al pueblo entero a "salir de la tierra", a "irse a Egipto" porque no se resigna a morir (Gén. 42). Para muchos, el proyecto alternativo de sociedad no logra aún, ni siquiera, vislumbrarse. El sufrimiento es demasiado grande, la opresión demasiado dura. La esperanza no se vive positivamente: más parece tenacidad ciega. Algo así como un sopor-

tar y luchar contra toda esperanza. Pero es desde ese abismo donde se darán las condiciones para una auténtica mística: la mística de la vida. Por ello las palabras de Jesús "Yo vine a que tengan vida y vida en abundancia" (Jn. 10, 10) tienen un sentido de Buena Nueva tan grande para los desposeídos de todos los tiempos.

Por ahora bástenos afirmar que lo más básico de la espiritualidad de nuestro pueblo —de ninguna manera lo más primitivo— es esa opción por la vida. Sobre todo cuando ella se mantiene y afirma porfiadamente en situaciones como las nuestras, que son, para las mayorías, situaciones de verdadera muerte. La negación apela con fuerza la afirmación. El despojo de todo derecho plantea el derecho a la apropiación, el desprecio a la raza y a la cultura va generando la necesidad de afirmación de identidad. Y la represión brutal postula la libertad. Esa tensión dialéctica se vive como verdadero drama, pero en él los despreciados y condenados de la tierra tienen las de ganar porque tienen la razón de la vida al lado de ellos. Su proyecto es pascual: incluye tiempo, sufrimientos de muerte y la muerte misma. Pero está animado por la mística de la vida. Está preñado de resurrección. Y eso es más fuerte que toda razón. Cabalmente es tan fuerte que permite que la razón funcione. Desde esa tensión, lentamente, el pueblo crece en conciencia y en identidad, se organiza, empieza a formular con más claridad su proyecto de vida, proyecto alternativo al de las clases hoy dominantes. Proyecto de una vida para todos. (5).

El pueblo afirma colectivamente su voluntad de vivir.



II. Alma Colectiva

"La unión hace la fuerza" es la expresión embrionaria de la dimensión colectiva de la vida del pobre. Su formulación más consciente y combativa es aquella que tantas veces oímos en las manifestaciones populares: "¡El pueblo unido jamás será vencido!". Aquí hay más que una mera afirmación táctica. Es la intuición de una riqueza popular: lo colectivo como exigencia y condición de vida.

Sin duda, esto se debe en gran parte a la toma de conciencia de que la agresión de la que es objeto el pueblo no se dirige a individuos aislados, sino al conjunto de una clase explotada y expoliada. Pero ella plantea dialécticamente una nueva forma de vivir en la que el interés egoísta cede el paso al proyecto solidario. En estas situaciones se va apren-

diendo que la salida individualista no sólo es ineficaz como solución de conjunto, sino que distorsiona elementos básicos de la espiritualidad popular. En cambio los gestos de solidaridad, desde los más humildes y sencillos (compartir un pan) hasta los más heroicos (arriesgar la vida por los intereses de sus compañeros) dan nueva vida, enriquecen el contenido del proyecto solidario. Lo cargan de humana afectividad. Son buenas nuevas para un pueblo. Se descubre en la práctica y más allá de razonamientos que el individuo deviene persona en la medida en que se hace para otros. En términos cristianos es el tema de la filiación-fraternidad con su corolario: "El que pierde su vida la ganará. . ." (Mc. 8,35 y paral.).

La dimensión colectiva de la vida como valor no está ligada únicamente a la experiencia de explotación. Hay indicios de su existencia y aprecio en las antiguas tradiciones de nuestro pueblo. Son parte de su yo profundo. Ahí están por ejemplo en nuestro mundo andino las comunidades campesinas y las "mingas". Son planteamientos de lo colectivo como proyecto de vida. En particular quiero referirme a estas últimas: en ellas el trabajo se vive como alegría comunitaria, como gozo de construir y transformar fraternalmente. Y luego todo se prolonga en la fiesta popular, momento de la expresión simbólica, lleno de colorido; vida de hermanos donde todo el mundo sale a la calle, se encuentra en el baile, la procesión, la comida. Por lo general, además, suele durar varios días: suerte de expresión sacramental de una vida que se la anhela prolongada, plena, comunitaria.

La espiritualidad de un pueblo está en relación con su identidad. Un pueblo aplastado calla, está como muerto. Su espíritu explosiona puntual y simbólicamente -por ejemplo en la fiesta- y luego vuelve a callar. Como dijimos líneas más arriba, su espiritualidad en situaciones de extrema postración es la del sobrevivir empecinadamente. Pero hay momentos esporádicos y coyunturales al principio, cada vez más permanentes y fuertes luego, donde los pobres logran aunar sus fuerzas, salir de su silencio sufriente. Se afirman y pueden decir ¡basta ya! ¡Sí tenemos derecho a vivir, sí podemos! En estos momentos el pueblo se descubre como clase, encuentra su identidad a otro nivel- ya no sólo de manera simbólica. Y porque se descubre fuerte y con la justicia de su parte, despliega creatividad y coraje inusitados. Ahí vive plenamente. Vida colectiva de potencialidades democráticas, solidarias, fraternas donde va reconociéndose como pueblo unido, en una misma causa, vivo. Experiencias profun-

das en las cuales gradualmente se rompen los esquemas introyectados por las clases dominantes- dependencia ante el fuerte, salida individualista, complejo de inferioridad- y el pueblo logra expresarse como afirmación. No es de extrañar por lo tanto que en esas ocasiones y al finalizar esas intensas jornadas de lucha, un nuevo clima se respire en los sectores populares. En los barrios por ejemplo se vive algo así como una experiencia de tierra liberada. Las calles les pertenecen, la vida es de ellos, la justicia ha vencido. La gente ríe y comenta después de una victoria popular, los niños juegan en medio de las pistas que mantienen aún los recuerdos de las tensas fatigas del día. Por un momento al menos el mundo no es "ancho y ajeno" para los pobres. Han podido afirmar su existencia como fuerza, han logrado demostrar la debilidad del que se pretende fuerte. (I Cor.1,27). Alegría popular, preanuncio de la tierra nueva donde "ya no habrá muerte, ni llanto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado" (Apoc.21,4).

En estas experiencias colectivas de afirmación y globalidad es donde el pueblo encuentra su identidad. Germinan en él nuevas potencialidades de arrojo y generosidad, se plantean con más claridad las exigencias éticas de la nueva sociedad por construir. El pueblo se fortalece y, si anteriormente su deseo de vida se manifestaba en el empecinamiento contra toda esperanza, ahora ya se empieza a vivir en positivo el "esperar con-

tra toda esperanza" (Rom.4,18). Hay nuevos motivos de vivir y de amar porque el proyecto de la liberación plena empieza a vislumbrarse. (6).

III. La organización popular como experiencia espiritual

El punto es delicado, complejo y merece ser tratado con mayor detalle y profundidad. Pero al menos en los límites de este artículo parece importante señalar algunas pistas que permitan ubicar la función de las organizaciones populares dentro del tema que nos ocupa.

En primer lugar, la experiencia popular nos lleva a afirmar con más fuerza el papel fundamental de la organización para que la masa se vuelva pueblo; para que lo amorfo cobre identidad; para que lo vago se canalice en proyecto; para que lo débil se vuelva fuerte. El papel de la organización está ahí: permitir encontrar mancomunadamente el norte, hacer del pueblo fuerza eficaz. Para ello la organización debe definir objetivos, metas, tareas y crear mística. Es instrumento

En la organización popular el deseo de vida se hace proyecto de vida.



indispensable para que el proyecto avance y para que la espiritualidad del pueblo se mantenga viva y se ahonde.

A través de las organizaciones la experiencia espiritual del pueblo avanza y madura. Sale de lo espontáneo y coyuntural- lo infantil- y empieza a caminar ordenadamente: llega a su adultez. En la organización popular el deseo de vida se vuelve proyecto de vida, el llamado colectivo tiende a convertirse en comunidad. Las voluntades se fortalecen; se empieza a tener fe en el mismo pueblo y de ahí se generan actitudes de disciplina, arrojo y generosidad, signos de una corriente nueva de vida que lo fecunda todo.

Para muchos, la experiencia espiritual en las organizaciones es aquella de la opción de vida, de la entrega estable al proyecto colectivo. Exige dominio de sí mismo, don de sí, creatividad militante y la capacidad tanto de recibir como de hacer críticas. Demanda combatir con fuerza la tentación permanente de dejar el proyecto de los pobres en vistas a seguridades egoístas. En las organizaciones se forjan los dirigentes en continua y orgánica relación con la base. Ahí se reciben los retos para proponer salidas creativas en situaciones inéditas: exigencias de dar lo mejor de sí mismo a la tarea difícil y muchas veces peligrosa. La historia de un pueblo pasa por la historia de sus organizaciones, por eso es importante que la masa se identifique con ellas, crea en ellas, las ame, esté orgullosa de ellas.

Esto es tanto más importante cuanto- a este nivel también- nuestro pueblo ha sido y es duramente maltratado. Desde la derecha es normal- se han implementado siempre instancias de clientelaje o de control. Instrumentalizaciones y frenos que nunca han pretendido respetar la dignidad de un pueblo sino aumentar su alienación y dependencia. Pero desde el lado popular estamos lejos aún de una adecuada relación vanguardias-masas que permita combinar adecuadamente crecimiento desde la base y necesaria dirección. Aunque hay avances importantes en este terreno, no faltan estilos y formas de actuar que, por lo manipuladoras y antidemocráticas, no vehiculan suficientemente los anhelos objetivos de un pueblo. Vivimos todavía una etapa en la que las dirigencias no han logrado a cabalidad ser parte orgánica del pueblo en marcha. Hay una exterioridad por superar tanto en el lenguaje, en estilo, como en la conceptualización de la situación y del quehacer.

En este acápite debemos mencionar a nuestros mártires latinoamericanos. Son expresiones máximas de una espiritualidad vivida hasta las últimas consecuencias. No se les puede com-



Los justos del pueblo son testigos de la utopía: familiares de Inocencio Pacco, mártir de Cromotex, en los funerales.

prender sino dentro de este proceso del difícil despertar y en ligazón directa o indirecta con las organizaciones populares. Anónimos en su mayoría- porque la situación es tal en nuestros países que aún no se puede conocer al pequeño por su nombre-, sin embargo, al ser convocados, no ponen límites a su amor humano. Viven en lo concreto las palabras de Cristo "Mi vida, nadie me la quita, soy yo quien la entrego" (Jn 10,18). "Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por los que ama" (Jn 15,13). Estos mártires latinoamericanos son gérmenes de la nueva creación de la que hablamos antes, estímulos para amar hasta la entrega total, motivos para afirmar con fuerza cada vez mayor la validez humana de la causa colectiva. Nuestros mártires son verificaciones admirables de una espiritualidad popular que crece, se profundiza y convoca. A su vez, ellos constituyen un llamado fuerte a la madurez y responsabilidad de las instancias organizativas del pueblo así como a la calidad personal de todo militante de la causa popular.

IV. Los Justos del Pueblo. Actualización de la Utopía

Entre las inmensas riquezas de la vida del pueblo, merecen atención especial para nuestro estudio esos hombres y mujeres de madurez adquirida a través de los años y el sufrimiento, inmersos en el pueblo, pueblo ellos mismos. La experiencia dura de la vida en lugar de desahacerlos los ha paradójicamente humanizado y de una manera tal que como me decía un amigo, aman a su pueblo "con cariño", tienen fe en su potencialidad, mantienen firme la esperanza de la tierra nueva, son como el pequeño resto de Israel que espera la liberación del pueblo (Luc.2,26,38).

Quizá no sean necesariamente dirigentes en el sentido de tener capacidad ejecutiva o de dirección de masas aunque también los hay entre éstos. Pero tienen humanidad, sabiduría y esperanza. Cumplen dentro de la masa una función de liderazgo moral. La gente acude a ellos en sus problemas y encuentra comprensión, acogida, consejo, aliento. Animam, levantan la moral. Su presencia además es valiosa porque no es manipuladora. Recuerdan permanentemente que la revolución no se puede hacer sin un respeto profundo por cada persona, sobre todo la más desposeída y marginada. Son la contraposición de la instrumentalización. Más aún, con su práctica afirman que la manipulación es, en lo profundo, ineficaz. La función de estos personajes es la de sanear desde el fondo el alma popular. Son brotes que el mismo pueblo produce: por ello son amados y respetados. Son fuente de dignificación y de fuerza espiritual.

En realidad estos hombres y mujeres viven la utopía del tejido nuevo de fraternidad como marco concreto de su práctica. Son un recuerdo permanente de que lo que es proyecto debe construirse ya desde el presente. Más aún, son el testimonio vivo de que en el pueblo la novedad esperada- por la humanidad que comunican- es ya una realidad. Son signos escatológicos en el hoy del pueblo, anuncios concretos del advenimiento del Reino.

Es preciso valorar esta realidad existente en el pueblo como signo de una verdadera espiritualidad. Son elementos fecundos. Su función es complementaria a la de las dirigencias y organizaciones. Les recuerdan continuamente el

polo referencial que les da sentido histórico: el pobre concreto, el despreciado de acá. Son testimonios concretos también de que lo nuevo es posible: su integridad cabal hace que el pueblo no pierda la fe en sí mismo. Y lo estimula a avanzar sin desfallecer. Recuerdan finalmente la calidad de relación humana que el auténtico esfuerzo revolucionario nunca debe olvidar ni descuidar so pena de perder su sentido. En efecto, los procesos de liberación generan grandes tensiones que muchas veces, por su intensidad, en vez de humanizar deshumanizan. La lucha contra la explotación es difícil, compleja y demanda a la militancia disponibilidad total. Los proyectos personales pasan a segundo plano cuando se trata de la causa urgente de los explotados. Ahí la tensión entre lo personal -no lo individual- y lo colectivo es dura y de difícil síntesis. El verdadero revolucionario sin embargo debe tender a ella y ayudar a que sus compañeros de lucha lo logren. Aquí precisamente juegan un papel importante estos sabios populares cuyo amor "con cariño" es recuerdo permanente y eficaz de que el hombre nuevo no es sólo para mañana, sino necesidad de realización cotidiana.

V. La Iglesia de A.L.: profecía y gratuidad

La comunidad eclesial de A.L., en un proceso difícil y muchas veces tenso, va haciéndose pueblo. Mejor dicho, se está convirtiendo al pueblo que lleva en sus entrañas. Lo está haciendo en la medida en que empieza a reconocer de nuevo en él -los pobres, los desheredados, las clases oprimidas- los primeros destinatarios y portadores del Evangelio. La "opción preferencial por los pobres", afirmada ya en Medellín y confirmada con mayor fuerza en Puebla, es a la vez la constatación de un hecho espiritual y dinámico -el potencial evangelizador de los pobres que la convierte (7)- y la afirmación que sólo por ahí puede pasar una auténtica renovación eclesial (8). Al hacer este paso la Iglesia, lejos de diluir el mensaje divino del que es portadora, le da mayor consistencia porque lo convierte en palabra histórica, buena nueva para los pobres, anuncio y prefiguración del Reino.

Es imposible hablar hoy de los procesos de liberación de nuestros pue-

blos sin mencionar el papel que la Iglesia juega dentro de ellos. Y este papel se sitúa precisamente al nivel de la espiritualidad popular, donde la Iglesia aporta en la medida en que también, dialécticamente, recibe.

Los movimientos de liberación, en efecto, la están remeciendo. La obligan -desde "fuera"- a purificarse en profundidad, a volver a sus fuentes. Me refiero a todos los acontecimientos de sufrimiento y lucha del pueblo que continuamente cuestionan a la comunidad eclesial y le exigen dar pasos siempre renovados, cada vez más solidarios, en la línea del seguimiento de Cristo. Pero también estos movimientos la están enriqueciendo desde "dentro". Porque, al hacerse pueblo la Iglesia permite que las clases populares creyentes le den su cara concreta, sus rasgos concretos, es decir, nada menos que el bagaje humano, hondo de su espiritualidad. Y con ello aparece con nueva claridad que la tradición bíblica proviene justamente de la experiencia espiritual de un pueblo explotado en busca de la vida. Aquí también la experiencia eclesial de estos años nos confirma que los pobres en nuestra Iglesia, con su fuerte carga de sufrimiento y humanidad, leen con nuevos ojos el antiguo mensaje, descubren en él matices y elementos fundamentales de los contenidos de fe que son difíciles de detectar desde una situación instalada. Ellos permiten así que la Iglesia se vuelva elemento dinamizador del mismo pueblo.

Entre los muchos puntos que pueden abordarse en este tema, pienso referirme en especial a la acción profética de la Iglesia, desarrollada sobre todo en estos últimos años, y a las comunidades cristianas populares que existen en todos nuestros países y que están teniendo un papel muy importante en la vida del pueblo. Ambos elementos marcan nuestra historia, cada uno a su nivel propio.

La acción profética de la Iglesia ha tomado múltiples modalidades. Pronunciamiento de personalidades y de sencillas comunidades, tomas de posición y acciones de solidaridad. Voz valiente de denuncia y gestos de entrega hasta las últimas consecuencias. Todos esos hechos han tenido implicancia social y política justamente por manifestar la síntesis necesaria entre la fe y la lucha por los derechos del pueblo. A través de ellos el "Verbo se ha hecho carne", se ha hecho pueblo, se ha hecho historia. A través de ellos "hemos visto su gloria" (Jn 1, 14) como juicio y liberación (9). Como resultado, el pueblo ha sentido a su Iglesia cercana, del lado de él en su heroica y desigual lucha. La Iglesia empieza a ser creíble para los pobres porque se encarna. Es fuerza espiritual, comunidad que acompaña y sostiene en la esperanza. Dentro de



esto, el evangelio es descubierto en toda su dimensión. Dios en particular -centro de la Buena Nueva- es visto en su verdadero rostro, como el Emmanuel, Dios-con-nosotros, Dios pueblo. Dios cercano que a la vez, como nos lo recordó el Papa (10), es también el Dios vindicador de los humildes cuya fuerza eficaz hace justicia y toma partido contra toda opresión. La gente sencilla, formada con esquemas de religiosidad tradicional, comprende este mensaje con gozo. Su fe se enriquece y encuentra nuevos motivos para levantar la cabeza. Los falsos dualismos entre fe y vida, adhesión a Dios y lucha por sus derechos caen. Y la crisis interior -a menudo vivida inconscientemente pero con reales desgarramientos- encuentra caminos de solución. Esto libera, es buena nueva, y da nuevos motivos para vivir y luchar. El "esperar contra toda esperanza" adquiere rasgos más bíblicos de seguridad y firmeza. Porque más allá de las crueles realidades que se viven a diario, está la promesa incommovible del Señor de la Alianza que se revela como Fuerza, Roca y Salvación de aquellos que tienen hambre y sed de justicia (Mat 5, 6).

Las organizaciones populares de lucha van reconociendo también la autenticidad de estos testimonios que alimentan la espiritualidad de la masa. En Nicaragua y en El Salvador los casos abundan, pero aquí y en otros países también son los testimonios de aquellos "justos del pueblo" que desde su fe han dado la vida por

los suyos. En ellos se hace síntesis la identidad del pueblo creyente. Y por ello muchas veces su muerte adquiere una relevancia especial. No sólo por lo que esas personas fueron sino por la comunidad que representaron: comunidad creyente y profética, portadora y signo de la fe y esperanza bíblicas que animan a nuestro pueblo.

Las comunidades cristianas populares, por otro lado se convierten cada vez más en piezas claves para el enriquecimiento espiritual de las masas. Esparcidas por todo el continente, vienen siendo como un inmenso tejido desde abajo donde el pueblo pobre se rehace. Su función no está al nivel de las tácticas y estrategias sino al nivel de la globalidad de la vida y de la identidad profunda de las clases explotadas.

Creo conveniente apuntar algunos aportes de estas comunidades a la espiritualidad popular (11). 1) Son la instancia donde se interioriza y expresa la unidad entre el proyecto histórico y la dimensión trascendente. En ese sentido el pueblo se afirma y se libera adquiriendo conciencia de la unidad y complementaridad de estas vertientes de su vida. Profundiza así su vocación de gestor de nueva humanidad que no reduce ninguna de las dimensiones humanas. 2) La experiencia de filiación es vivida no como dependencia esclavizante sino como fraternidad liberada y activa desde la fe en un Padre que es amor. Ahí precisamente el contenido de la fe da un nuevo sentido, cristológico, a los anhelos de una vida solidaria y democrática. 3) Las comunidades también se vuelven espacios de resistencia y lucha (12). El pueblo mantiene en ellas memoria de sus gestas, y esto es tanto más importante cuanto precisamente la intención existe de borrarlas de la memoria popular. Pero más aún, el pueblo en ellas mantiene la esperanza en los momentos de dureza extrema, se fortalece con el recuerdo bíblico de su vocación histórica y encuentra comunitariamente la energía para combatir, mantener lo propio -su identidad- y sacrificarse con coraje cuanto es preciso. Es instancia comunitaria de apoyo y de fuerza. 4) Son lugares de conversión de inmensa importancia en un sistema social predominante donde el no-pueblo es tentación concreta permanente a varios niveles: desde el arribismo egoísta hasta la búsqueda del poder en términos caudillescos y no solidarios; desde el acomodamiento traidor hasta las rivalidades, desprecios mutuos y malos ejemplos que distorsionan la vida popular. Las comunidades cristianas cuestionan la globalidad y los diferentes niveles de la vida de cada persona. Son gestoras del hombre nuevo. Contribuyen grandemente a la construcción del alma

popular. 5) Son espacios de libertad y gratuidad. En un mundo hostil para el pobre, donde la opresión asfixiante es asunto diario, la instancia comunitaria es aquella de la libertad: ahí el pueblo se descubre y expresa como persona. Y así adquiere calidad renovada para ejercer su responsabilidad. Las comunidades, ámbitos de alabanza y gratuidad, están llamadas a recordar continuamente el sentido de la vida y de las opciones. Su referencia al Padre, al Reino, la oración de gratuidad, la dimensión celebrante recuerdan constantemente que lo que buscamos no se agota en el poder aunque pasa por él. Impide así que el pueblo se convierta en pieza deshumanizada; asegura la calidad espiritual de la vida y del compromiso.

La Iglesia latinoamericana en este contexto socio-político concreto, sumamente conflictivo, y con las experiencias que ya ha adquirido en su caminar, tiene el reto de hacer suya el alma popular de las masas y fecundarla con el mensaje bíblico que, por otro lado, el pueblo siente también como suyo aunque poco lo conozca explícitamente. Nuestra Iglesia debe asumir esa responsabilidad. La Buena Nueva que predica en gestos y palabras debe estar orientada y lo está en amplios sectores -a fortalecer la dimensión bíblico-creyente, parte del ser de nuestro pueblo. Su acción se inserta en el proyecto de transformación espiritual donde este pueblo está afirmando su ser: en su lucha por la vida, por una vida en relaciones nuevas, dentro de organizaciones nuevas, en la formulación de su utopía. La Iglesia en ese proceso tiene la responsabilidad de anunciar al Dios de Jesucristo como el Dios que fecunda desde dentro ese proceso y unifica la dimensión política con la dimensión de fe. Al afirmar porfiadamente la globalidad de la utopía, no niega las instancias propias de defensa y construcción de la nueva sociedad. Por el contrario las postula cada vez más autónomas, unitarias y fuertes. Pero las ubica en un proyecto que no se agota sólo en la toma del poder.

Todo lo dicho nos permite entrever la inmensa tarea que queda por delante. La espiritualidad del pueblo es una realidad extremadamente rica. Debemos profundizar en ella, impregnarnos de su savia. Ella es signo y fruto de una vida con características pascuales. La Iglesia, como hemos tratado de mostrar, no es extraña a esa espiritualidad sino forma parte de ella. Por eso es preciso poner todo nuestro esfuerzo para que la mística del pueblo se desarrolle en todas sus virtualidades y le permita mantenerse firme y esperanzado en la lucha, humano y profundo siempre.

NOTAS

- (1) Cancionero de las comunidades cristianas: "Vamos cantando al Señor", No. 90.
- (2) Segundo Galilea, "El rostro Latinoamericano de la espiritualidad. Las fuentes histórico-sociales de la espiritualidad, *Christus*, No. 529, pg. 69.
- (3) Pedro Trigo, "Espiritualidad y cultura ante la modernización". *Christus*, No. 529, pg. 76.
- (4) Pedro Trigo, *idem*.
- (5) Quizá lo más bello en estos últimos años en el país es la entrada valerosa de la mujer y de los niños en la lucha popular. La imagen de la madre y del niño dejan de ser símbolos de blanda ternura. Devienen símbolos concretos de la afirmación pascual de un pueblo que dice sí a la vida.
- (6) Cfr. Miguel D'Escoto: "Reflexión eclesiológica desde la experiencia de Nicaragua", en *Páginas*, Agosto 1980, pp. 16 y sgtes. Hay apuntes muy valiosos en relación a lo expuesto en estos párrafos.
- (7) Puebla No. 1147.
- (8) Puebla No. 1141-1142.
- (9) En el libro póstumo de Hugo Echegaray, *La práctica de Jesús*, Cep, 1980, Cap. IV, se indican pistas sumamente sugerentes de Jesús como buena nueva para los pobres de su tiempo, criterio para todo actuar eclesial.
- (10) Juan Pablo II, Discurso en el santuario de Zapopán, Cfr. *Páginas*, Separata 21-22, abril 1979.
- (11) Cfr. Documento final del IV Congreso Internacional Ecuménico de Teología, sobre todo II C y III a, donde se tocan puntos de espiritualidad vividos al interior de las comunidades.
- (12) En la experiencia dolorosa de los 16 años de opresión en Brasil, las comunidades han cumplido ese papel. La vitalidad actual de las clases populares brasileñas no es ajena a la acción eclesial que en los años duros alimentó la espiritualidad de ese pueblo. Cfr. en especial los Encuentros de Vitoria y Joao Pessoa.